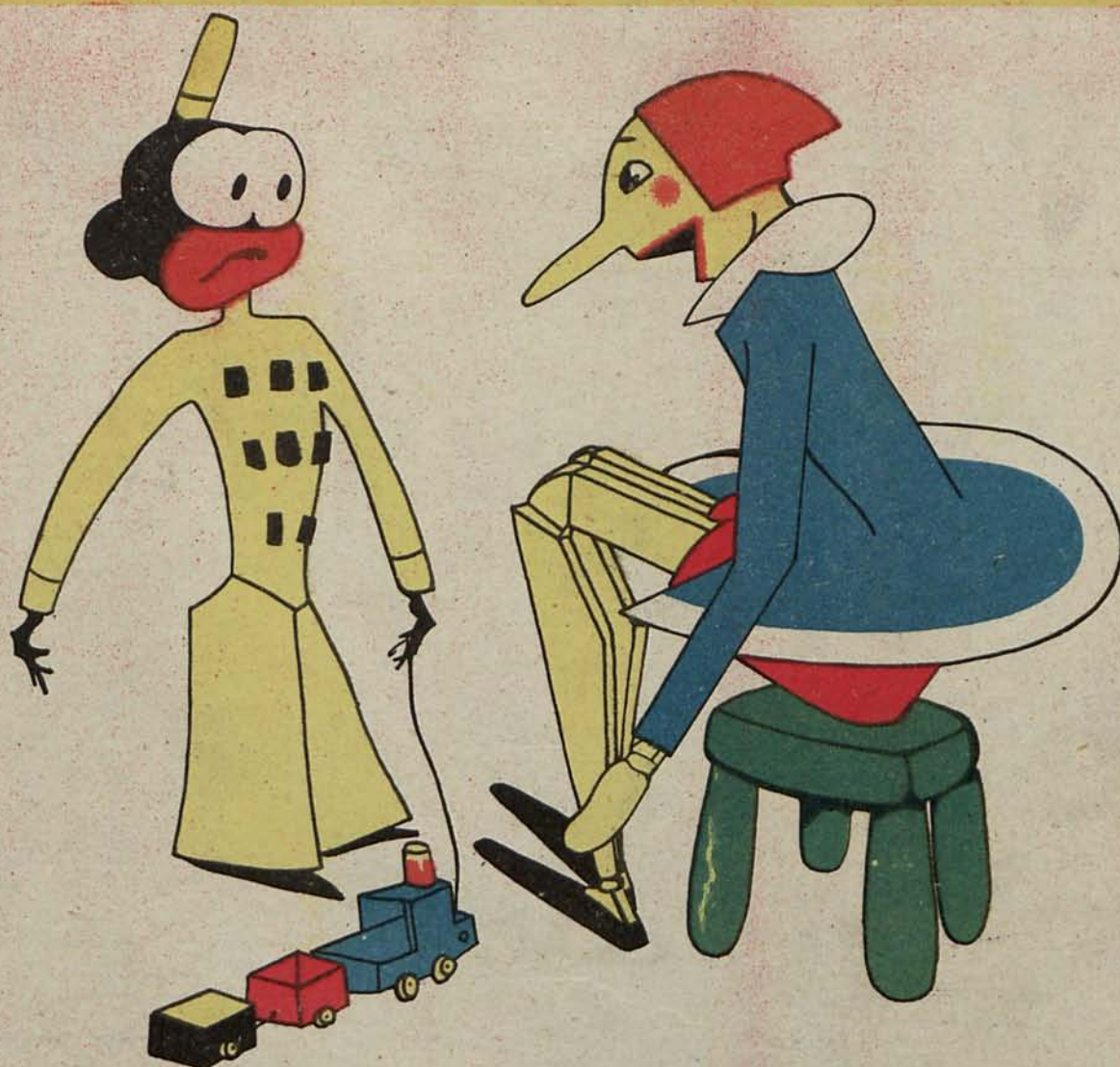


PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 197

25 cts

25 NOVIEMBRE
1928



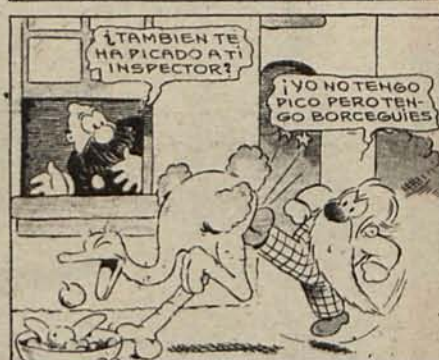
- OYE, CURRINCHE, SI TUVIERAS DOS BICICLETAS, ¿ME DARÍAS UNA?
- SÍ,
- Y SI TUVIERAS DOS BALONES, ¿ME DARÍAS UNO?
- NO PORQUE BICICLETAS TENGO UNA, PERO BALONES TENGO DOS

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por

ALBERTO ORS

(Continuación.)

Sabía que su hija, independiente por naturaleza, amante de la literatura extranjera, sobre todo de la francesa e italiana, en la cual se

discuten las más atrevidas teorías sobre la libertad, acariciaba ideales de ciencia y de bondad social irrealizables en su patria; pero obstinábase en no creer que Vera hubiese puesto su cariño en un rebelde, o hubiera ofrecido la ayuda de su brazo y su inteligencia a aquellos terroristas ciegos y locos que apoyan el triunfo del derecho social en la violación del derecho humano.

El general había esperado que su hija volviera; y muchas veces, en sus solitarias noches de insomnio, había llegado a reprocharse sus procedimientos brutales, más a propósito para irritar que para corregir el rebelde y áspero temperamento de su hija. Ahora comprendía que ya no volvería a verla más, ignorando dónde estaba y lo que sería de ella en el porvenir, sintiendo que le faltaban las fuerzas para esperar... Así es que quiso ver por última vez a Godunov, al hombre que él juzgaba como un valeroso soldado y al cual había querido confiar a Vera antes de morir.

El general temía no tener tiempo para decirle a Godunov todo lo que quería, por lo que conminó al médico para que le preparase un enérgico estimulante al que pudiera recurrir cuando sintiera que le faltaban las fuerzas.

Al pronto, el médico negóse; pero leyó en las pupilas del enfermo un deseo tan lleno de angustia y ansiedad, que no pudo resistirse, consintiendo al fin.

El general recurría, pues, a la botellita de cuando en cuando, mucho más a menudo de lo que el médico habíasele prescrito; y el moribundo sentía que su antigua dureza de alma, adquirida a fuerza de educar la voluntad, fundiase en aquellos últimos momentos de su vida, hablando con voz débil y temblorosa de la hija ausente y perdida para él.

Godunov escuchábase de mala gana y distraído, absorto en el pensamiento de recobrar cuanto antes su libertad, para obrar rápidamente en el sentido que anhelaba.

De pronto, animóse su rostro con un relámpago infernal, y rompiendo el largo silencio, le dijo al anciano con la más hipócrita y diabólica de las sonrisas:

—¿Le gustaría a usted ver a Vera antes de morir?

El moribundo alzó los ojos al cielo con una expresión de dulcísima e infinita esperanza.

—¡Si Dios quisiera —suspiró—, si Dios quisiera que yo pudiera volverla a ver un momento, moriría contento!

—Pues es cosa que puede ser —dijo Godunov—. Yo sé en dónde está Vera escondida.

Los ojos del general relampaguearon bajo los párpados medio cerrados.

—Corre, corre a llamarla.

Godunov dió a su rostro una fingida expresión de dolor.

—Yo no puedo cumplir esta dulce misión. Ya sabe usted que Vera me detesta, por lo que no atendería mi invitación, ni daría crédito a mis palabras.

—Entonces..., ¿cómo hacer? —murmuró el anciano, desesperado ante la posibilidad de ver desvanecerse su delicioso sueño.

También Godunov pareció quedarse perplejo.

—¿Cómo hacer? —repitió

El anciano mirábase con angustiados ojos.

De repente, exclamó Godunov:

—¡Qué tonto que soy! ¿Por qué no escribe usted unas líneas? Seguramente que ella cederá a su llamamiento.

El anciano movió tristemente la cabeza.

—¡Ay de mí!... tengo la mano tan débil... que no podría escribir...

—¿Por qué no lo prueba?

Y Godunov puso sobre las rodillas del anciano todo lo necesario para escribir. Este tomó la pluma, pero después de una breve tentativa para hacerla correr sobre el papel, se le escapó de la trémula y paralítica mano.

Godunov hizo un movimiento de cólera.

El moribundo dióse cuenta de ello.

—¿Por qué te entadas? —murmuró con los ojos húmedos de llanto.— ¡No es mía la culpa!

Al echar Godunov una mirada a su alrededor, vió el frasco cuenta gotas del cual el enfermo habíase servido con frecuencia, y sobre el cual, veíase grabada una calavera.

El enfermo siguió la mirada de Godunov hasta el frasco.

—Algunas gotas de este licor, ¿no le darán fuerza para escribir dos palabras?

El anciano movió la cabeza.

—¡Ay! Ya he sobrepasado la dosis prescrita por el médico, el cual me ha dicho, que, si yo abusaba mucho, pagaría cara la momentánea excitación.

Pero apenas había pronunciado estas palabras, el anciano sobresaltóse, se animó su rostro, y dijo:

—Bueno..., ¿qué importa?... ¡Correré el riesgo con tal de ver a Vera! ¿Qué me va a hacer a mí un día más de vida?

Godunov no chistó.

—Godunov, tráeme la botella

El oficial fingió vacilar, pero su corazón latía tumultuosamente.

—¡Pronto, tráemela Godunov!

Godunov miró a su alrededor por si alguien podía verlo. Cogió rápidamente el frasco, quitó el tapón cuentagotas y vertió todo el contenido en dos dedos de agua, acercando después el vaso a los ávidos labios del enfermo. Este absorbió la mixtura.

Godunov, con los ojos fijos en el rostro del viejo, aguardaba.

A los pocos segundos, las mejillas del general coloreáronse, animáronse sus ojos e irguió la cabeza vigorosamente.

—¡La pluma! —dijo con voz fuerte.

Pero antes de escribir vaciló un momento.

—¿Qué es eso? —dijo Godunov, que seguía ansioso la metamorfosis del enfermo.

—¡Temo —respondió el anciano— que Vera corra un grave peligro viniendo aquí!

—No tema nada —contestó Godunov con extraña sonrisa—. Yo velaré por ella.

—¡Gracias! —dijo el anciano—. ¡Dios mío! ¡Cómo me arde el pecho!

—¡Escriba! ¡Pronto!

El general hizo correr rápidamente la pluma sobre una hoja de papel, que le entregó a Godunov. Después, como si aquella momentánea excitación hubiese agotado la poca energía que conservaba su cuerpo exhausto, el general abandonóse sobre la butaca, con la cabeza caída y los ojos cerrados...

El infeliz había expirado, pero Godunov no acudió a su lecho. Ya estaba fuera con el precioso billete.

XVII

La «Catastrofit».

Aun cuando la visita hecha por la policía a «Nuestra Señora de Kazan», después de la dramática fuga de Vera de la casa paterna, había dado un resultado negativo, a causa de la fulminante celeridad con que la joven logró advertir al pope Jaskoff, a pesar de esto, éste no se consideraba en completa seguridad en su santuario.

Los terribles acontecimientos, sucedidos unos después de otros con increíble rapidez, habían desanimado un tanto a los «Hermanos del Silencio», junto a los cuales habíase refugiado el Pope, abandonando definitivamente la antigua e histórica catedral a él confiada.

Suwoff, que en ausencia de Shasky, ocupaba la presidencia del conciliábulo terrorista, maldecía el secreto sorprendido por él durante el delirio de su colega Guthowsky, secreto que había sido causa de la desaparición de Shasky, Vera y Nadia, además de la encarnizada persecución de la secta por la policía. Esta persecución había obligado a los conjurados a abandonar el seguro refugio de la casa de Pedro Kutorovich, después del de «Nuestra Señora».

Afortunadamente para ellos, el bombista Volkoff, poseía en el barrio Viborg, por allá, por el Neva, una bodega que podía acogerles con toda seguridad, y en donde continuaron reuniéndose, sin que la policía, a decir verdad, no muy ejercitada su agudeza de ingenio en nuevas pesquisas, consiguiese descubrirlos.

Tenían la precaución de llegar a casa de Volkoff uno por uno, con largos intervalos de tiempo, durante todo el día, de modo que por la noche, cuando los agentes creían que eran las horas en que se movilizaban, ya ellos estaban reunidos, discutiendo lo que debían de hacer para cumplir del modo mejor y más

rápido la sentencia que, con inverosímil, pero verdadera audacia, habían osado hacer que llegase hasta las mismas manos del Czar.

En estas reuniones, el profesor Suwoff sostenía repentinamente que era inútil ya el esperar que Vera y Shasky se apoderasen del tan ambicionado secreto. El profesor Guthowsky debía ocultarlo de tal manera, que hacía humanamente imposible su descubrimiento, ni él era hombre de aprovechar con fines homicidas un secreto suyo, tal vez encontrado por casualidad, como casi todos los grandes descubrimientos.

Esta opinión del profesor Suwoff era briosamente sostenida por Volkoff.

—Yo —murmuraba—, yo tengo también mi secreto, más rápido y seguro que el del profesor Guthowsky... Confiadme a mí —añadió un día— la ejecución de la sentencia, y no os arrepentiréis.

El valiente Volkoff, que además era un buen ingeniero, destacábase entre sus compañeros por su indomable pasión por los explosivos. En torno al bombista habíase ido formando una especie de leyenda.

Contábase de él que siendo niño prefería, a todos los juguetes deseados por los demás niños, cajas de fósforos y cápsulas de fusil. A los diez años poseía ya una colección de latas vacías de sardinas y media libra de pólvora, reunida con mil fatigas y sudores, a fuerza de pequeños hurtos en el despacho de su padre, que era un apasionado cazador. Los fuegos artificiales eran la diversión favorita del pequeño Volkoff, que amaba locamente las detonaciones por sí mismas. Para él no existía en el mundo nada tan bello, tan verdadero y admirable como los disparos. El cañón representaba para Volkoff el *non plus ultra* de la gracia y la perfección, y el hombre más respetable y digno de la mayor admiración era para él el pirotécnico que pudiera fabricar el detonante más formidable.

A los once años, con sus peligrosos juegos, puso ya en grave peligro su ojo derecho; a los doce perdió el izquierdo; a los quince sacrificó el primer dedo meñique en aras de la diosa «Explosión».

Sus padres ya no sabían qué camino tomar para estropearle al pequeño Volkoff la pasión de los disparos.

En la escuela dióle de comer una tajada de tocino al gato del bedel; pero el pobre gato saltó hecho pedazos hasta la altura del primer piso, porque, según parece, en la loncha de tocino había envuelto una pequeña bomba; en el colegio fabricó candela explosiva, la cual, al llegar a la mitad, saltó por el aire, causando un gran disturbio en una función religiosa y llenando de terror a los fieles y a los colegiales.

Cuando regresó a su casa, Volkoff no conocía ni una letra de la literatura ni de la historia de su país, pero sabíase al dedillo toda la física del gas y de los vapores, la química orgánica e inorgánica del clorato de potasa, del carbón, del azufre y del fósforo al algodón pólvora, al nitro, a la tinitroglicerina, para venir a parar a la dinamita, la balística, la filita, la solinita, al fulminato de mercurio y otros semejantes maestros de gimnástica.

(Continuará en el número próximo.)

ANITA

BUEN-CORAZON



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1938, by The Chicago Tribune



EL PARIA Y EL GUZIERATIE

CUENTO POR E. SALGARI

(Conclusión.)

Contestamos a la descarga con nuestros mosquetes, y, aprovechando después alguna confusión que siguió entre los rebeldes, picamos espuelas a nuestros caballos y partimos a todo galope.

»Los dos parias y el muchacho siguieron tras de nosotros corriendo como desesperados, y os aseguro que no se quedaban atrás, pues ya conocéis la resistencia prodigiosa de los indios y su agilidad.

Dos insurrectos, incitados por Sikka, se habían ocultado en el bosque, persiguiéndonos encarnizadamente y haciendo fuego sin cesar contra nosotros. Pero sus tiros, mal dirigidos a causa de la afanosa carrera de los cazadores, no nos alcanzaban.

»Habíamos dejado ya atrás la montaña e íbamos a llegar al puesto donde el día anterior dejé un escuadrón de guardia, cuando oí tras mí un grito estridente.

—¡Mi padre!, ¡mi padre!

»Me volví y vi al hijo del paria con el rostro arrasado en lágrimas y presa de una desesperación imposible de describir.

—¿Dónde está tu padre? —le grité.

—Ha desaparecido, señor —dijo llorando el muchacho.

Interrogué a mis lanceros y ninguno se había dado cuenta de la desaparición del pobre viejo. ¿Le habría alcanzado algún tiro o se habría rendido a causa de la carrera?

No sabía qué hacer, y, sin embargo, no quería dejar a aquel pobre anciano en mano de los rebeldes, pues supuse que habría sido vuelto a coger por Sikka.

—Señora —dije a la esposa del capitán Lalland—, ya no corre usted ningún peligro. El puesto está a medio kilómetro de aquí y ahí estará en lugar más seguro.

—¿Qué piensa usted hacer, señor Hart? —me dijo con voz profundamente conmovida, ya que había adivinado mi resolución.

—Ir en busca del paria —contesté.

—Es usted generoso como pocos, señor Hart.

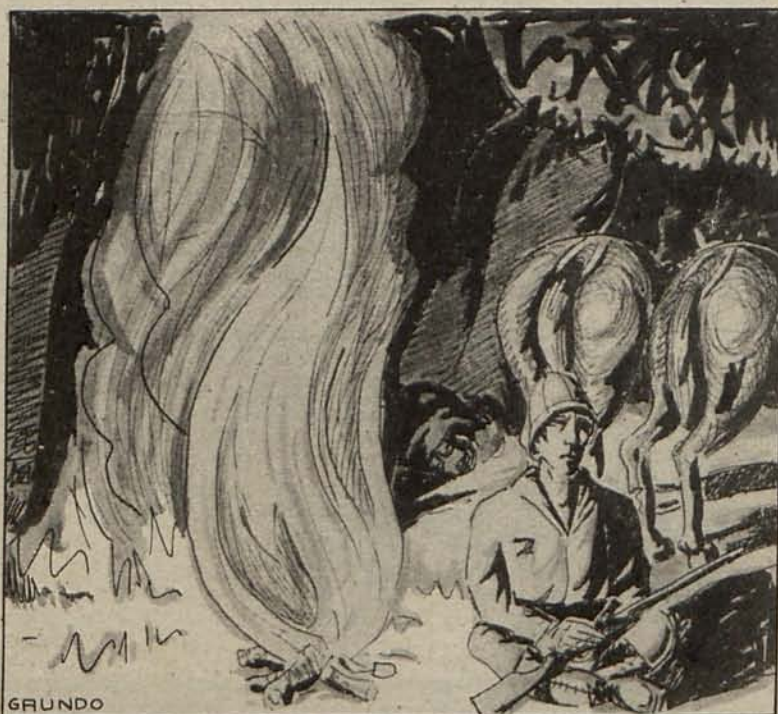
»La confié a dos soldados, y después ordené a los demás que me siguieran y se preparasen a atacar otra vez a los rebeldes.

»Aquellos bravos no hicieron objeción ninguna. Empuñaron las lanzas y se lanzaron tras mí como si se tratara de hacer una simple exploración.

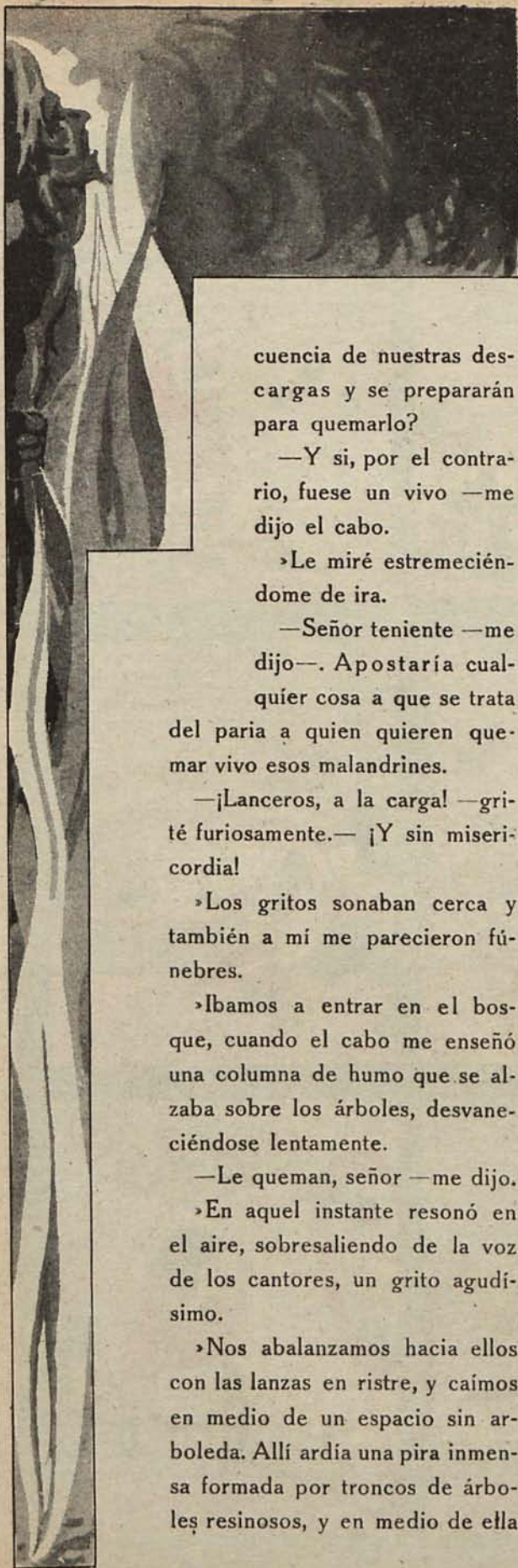
»Los rebeldes no se habrían atrevido a salir del bosque, pero oíamos sus gritos y no me parecieron gritos de guerra.

—Señor teniente —me dijo el cabo que iba a mi derecha—. Los indios están entonando una canción fúnebre. Cantan de ese modo cuando están quemando a sus muertos.

—¿Será que Sikka haya muerto a conse-



GAUNDO



cuencia de nuestras descargas y se prepararán para quemarlo?

—Y si, por el contrario, fuese un vivo —me dijo el cabo.

»Le miré estremeciéndome de ira.

—Señor teniente —me dijo—. Apostaría cualquier cosa a que se trata del paria a quien quieren quemar vivo esos malandrines.

—¡Lanceros, a la carga! —grité furiosamente.— ¡Y sin misericordia!

»Los gritos sonaban cerca y también a mí me parecieron fúnebres.

»Ibamos a entrar en el bosque, cuando el cabo me enseñó una columna de humo que se alzaba sobre los árboles, desvaneciéndose lentamente.

—Le queman, señor —me dijo.

»En aquel instante resonó en el aire, sobresaliendo de la voz de los cantores, un grito agudísimo.

»Nos abalanzamos hacia ellos con las lanzas en ristre, y caímos en medio de un espacio sin arboleda. Allí ardía una pira inmensa formada por troncos de árboles resinosos, y en medio de ella

se revolvía un ser humano ya ennegrecido por el humo. En torno a él danzaban gritando y gesticulando unos cincuenta indios, entre los cuales reconocí a Sikka, el feroz lugarteniente de Nana Sahib.

»Con impetu irresistible caímos sobre aquellos miserables, traspasando con nuestras lanzas a todo el que alcanzábamos

»Yo pude partir el cráneo de Sikka de un sablazo. Viendo caer a su jefe y creyendo que veníamos en gran número, los rebeldes huyeron en fuga desesperada, oponiendo escasa resistencia.

»Mientras mis lanceros los dispersaban, yo me apeé del caballo y me metí entre las llamas para coger al pobre paria. Cuando salí de aquella pira de leña, estaba yo también prendido en llamas. Con gran cuidado me llevaron al puesto. Mi piel estaba carbonizada y especialmente la de la cara, que las malditas llamas habían despelado.

»Después de dos meses de atroces sufrimientos, curé; pero vea en qué estado me encuentro todavía. Mi cara está imposible de reconocerla, y a veces, cuando me miro al espejo, me horrorizo de mí mismo.

Jol Hart bebió otro vaso de *sherry* y levantándose después, me dijo como para consolarse:

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Son los azares de la guerra! Yo, por mi parte, jamás me he lamentado de haber expuesto mi vida por salvar la de aquel desgraciado.

—¿Y el paria? —pregunté.

—Es mi siervo más fiel: siempre está llorando mi desgracia. Para él no hay nadie más hermoso que yo, y eso me consuela.

Me dió un enérgico apretón de manos, a la inglesa, y como ya era tarde, me guió hasta la puerta adonde había hecho venir un cómodo palanquín.

—Mire —me dijo—. ¡Ahí está!

El paria estaba sentado bajo un árbol del jardín y se escondía entre las manos el rostro horriblemente deformado, teniendo fijos sólo los ojos sobre su amo.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



OYE, CURRINCHE ¿NO NOTAS HOY EN MÍ ALGO RARO? ¿TE HAS FIJADO EN EL TIPAZO QUE TENGO?



¡TOMA, YA LO CREO! ¡COMO QUE HOY SE HA LEVANTADO USTED MÁS CHULO QUE UN OCHO!

¡A VER QUE TIENE QUE ENVIAR, ESTE CUERPECITO AL SEÑOR BEL MONTE!



¡QUÉ MÁS QUISIERA ÉL! ¡MENUDO TORERAZO ES USTED!

¡EA! ¡SE ACABÓ EL CARBÓN! ¡AHORA MISMO ME PONGO EL TRAJE DE LUCES Y A TOREAR TOCAN!



OIGA, DON TURULATITO ME LLEVARÁ DE MOZO DE ESTOQUES ¿VERDAD?

¡A VER! ¡QUE ME TRAIGAN UN TORO!



ESPÉRESE USTED QUE VOY A TRAERLE LA CABEZA DEL MIURA QUE TENEMOS EN EL DESPACHO

DON TURULATO, DÍGALE QUE NO SE ME ARRANQUE



NO TENGAS MIEDO QUE YA LO ENTRETENGO YO CON EL CAPOTE

VERÁS QUÉ ESTOCADAZA. NO VA A NECESITAR NI PUNTILLA



¡QUÉ TIO! ¡COMO SE CONOCE QUE HA SIDO CONSEJERO DEL MATADERO!

ESTE ES EL RETRATO DE MI DIFUNTO ESPOSO. EL POBRE ERA MUY BUENO, PERO MUY CHATO



YASE VE, YA, CON UNA NARIZ HUBIERA ESTADO MUY BIEN

¡QUÉ BÀRBARO! ¡COMO SE ATRACA DE TORO!



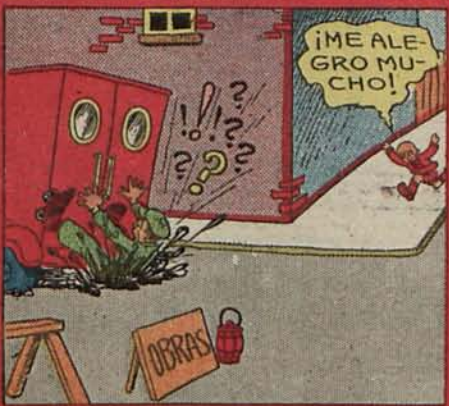
¡QUE ME DEN LA OREJA CURRINCHE!



¡¡SOCOORRO!!



COLORÍN y su PANDILLA



BRANERO



¡CATAPLAM! ¡CATAPLUM!

CUENTO DE CALLEJA
DE LA NUEVA SERIE "BARBILÓN"

(Continuación.)

—¡Clarol

—Pues entonces ya puedes dar orden a tus soldados que nos vengan a buscar, porque no pensamos entregarnos, y mientras tanto, aplícate el romance que modifiqué expresamente para ti:

¡Rocadura, mal hermano, tendrás una suerte perra!

Y Barbilón, desenvainando su espada y embrazando su escudo, se campó fieramente ante el traidor Conde.

Una multitud de soldados, sin esperar una nueva señal de su señor, subió por las escaleras; pero no tardaron en descender atropelladamente, pues el escudero empezó a dar tan tremendos sablazos y a hacer tan descomunales molinetes con su larga espada, que manejaba como si fuese una pluma, que las picas volaban hechas pedazos, y al caer con fuerza herían a los mismos asaltantes. La sangre empezó a correr a torrentes, pues Barbilón cortaba cabezas y brazos con la misma frescura que si cortase nabos.

—¡Sus..., sus!... ¡A ellos! —gritaba el Conde pinchando con su espada a los soldados para que adelantasen.

Pero éstos, por el contrario, empezaban a ceder.

—¡Ven tú, ven! —decía a su vez el escudero—. ¡Del porrazo que te dé te voy a dejar sin dientes para toda tu vida!

Pero cuando la victoria sonreía a Barbilón y éste juraba y perjuraba que los iba a arrojar a todos del castillo, unas cuantas docenas de soldados subieron a los pisos altos y desde allí dispararon nubes de flechas a los tres valientes. Por un verdadero milagro no resultaron heridos.

Barbilón comprendió que la situación era insostenible, y cubriendo con su pavés, que era ancho de dos metros, a sus señores naturales, los condujo, sin cesar

de combatir, hasta las habitaciones del difunto Barón, en donde se atrincheraron sólidamente.

—No hay tiempo que perder —dijo Barbilón.

Y mientras que los furiosos soldados destruían la puerta a golpes de hacha en medio de infernal gritería, apretó un resorte disimulado en la pared.

Una losa del pavimento se levantó sin ruido y aparecieron unas escaleras, por las que los fugitivos descendieron sin vacilar.

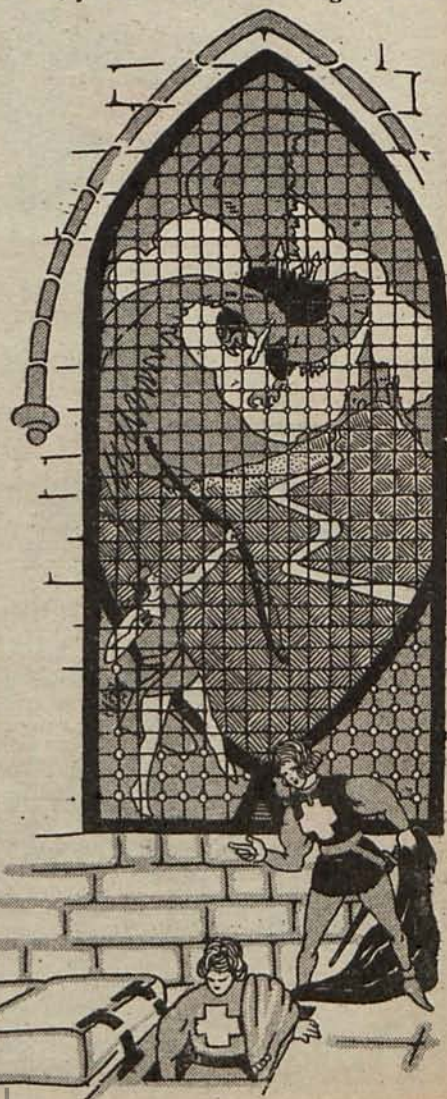
No tardaron en encontrarse ante un nuevo muro, delante del cual el escudero les dio instrucciones.

—Ahora, cuando yo abra, caeremos sobre los que están aquí de centinela, y San Pedro nos valga. Escabecharemos a media docena, abriremos la porterna y nos iremos bonitamente de entre las manos de este condenado Conde, a quien Dios confunda...

—Puedes abrir —dijeron los muchachos resueltamente.

—El muro se abrió rechinando y los tres salieron del subterráneo con la espada en alto.

Afortunadamente, estaban





la estancia del Barón; así es que los primeros gritos de auxilio de los cinco soldados que estaban de guardia en la poterna no tuvieron resultado.

Ricardo y Manfredo les soltaban cintarazos sin descanso, pues les repugnaba verter sangre humana, y ellos, envalentonados, se defendían como gatos panza arriba y sin dejar de gritar para que se enterasen sus compañeros.

Al fin, la maniobra surtió efecto. Un soldado que apareció casualmente por el camino de ronda se dió cuenta de la escena y salió disparado a avisar a sus compañeros. Muy pronto los pesados pasos de mil hombres de armas hicieron retumbar todas las escaleras a un tiempo.

—Vosotros lo habéis querido —dijo furioso Barbilón al ver que habían sido descubiertos.

Y apartando con el escudo las espadas y picas que los soldados le oponían, los fué arrojando uno tras otro a la mitad del patio, lo mismo que si fuesen muñecos.

Ya era tiempo. Los enemigos, con el Conde... *detrás*, bajaban al patio y corriendo se dirigían a ellos. Barbilón abrió la poterna e hizo pasar a sus señores, encargándoles que se guareciesen en la selva, aprovechando para pasar el foso el pequeño puente de tablas que allí había provisionalmente.

Pero Ricardo y Manfredo eran valientes y protestaron que jamás se salvarían si él no les acompañaba, por lo que Barbilón, llorando a lágrima viva, les significaba que en el momento en que él abandonase la puerta los enemigos caerían sobre ellos y, valiéndose de la superioridad del número, los matarían.

A esto los muchachos, que temían que el escudero sacrificase su vida para salvarles, porfiaron diciendo que

todos los soldados buscando como locos por todos los rincones del castillo, pues no habían podido encontrar el escondrijo de

su tío, a pesar de sus horribles amenazas, tal vez no osase hacerles ningún daño.

Pero pronto el mismo Conde se encargó de darles un mentís rotundo. En un momento las almenas se llenaron de soldados, y al mismo instante en que una nube de dardos caía sobre ellos obligándoles a guarecerse en el quicio de la puerta, unos cuantos pedruscos hábilmente dirigidos rompían el puente de tablas, quitándoles la última esperanza de salvación.

En la noche resonó un grito del Conde, más rabioso que nunca:

—¡Matadlos!... ¡Que no quede rastro de su raza maldita!...

Barbilón dirigió los ojos a sus señores en una muda súplica.

—Sí —dijo Manfredo—, obra como gustes y salvémonos...

El escudero dió un alarido de alegría, y después de hacer retirar tras él a los muchachos, dió una fuerte patada a la puerta, que se abrió de par en par, lanzando lejos a los que tiraban de ella. Luego, envainando su espada, agarró un madero del destrozado puente, y, emboscándose en la oscuridad, esperó. La ocasión se presentó al momento. Un robusto soldado asomó la cabeza con precaución, y, al fin, no viendo a nadie, se aventuró a salir con la pica por delante. Silbó en el aire la estaca de Barbilón y el soldado cayó al agua con la cabeza aplastada.

No tardó otro en seguirle, pues la puerta era estrecha y el Conde amenazaba con la muerte al que retrocediese.

(Continuará en el número próximo.)





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Has tardado en venir más que otros días, querido Chonón; me tienes algo impaciente, ¿qué te ha ocurrido?

—La pícara curiosidad, amigo buho. Me ha llamado la atención la extraña figura de un perro que estaba atado con una cadena a su caseta. Me ha parecido tan extraordinariamente raro, que, al fin, he preguntado a un hombre que había junto a la caseta.

—¿Y qué clase de perro te ha dicho que era?

—Me ha dicho que era un chacal. Yo no sé si creerlo o no. A mí me parece que no es el chacal una fiera muy a propósito para tenerla atada en una caseta como un perro vulgar. El animal estaba completamente tranquilo, tumbado en tierra, lamiéndose las manos, y ni mi presencia ni la de aquel hombre le han causado la menor impresión.

—No tiene nada de extraño que el perro que tú has visto sea un chacal. Cuando a estos animales se les coge jóvenes, se hacen mansos. Obedecen a su dueño lo mismo que los perros; se dejan y hasta desean que se les acaricie, entienden cuando se les llama y mueven el rabo cuando les es grata la presencia de alguien.

—Entonces ofrecen las mismas particularidades que los perros.

—En estado de domesticidad son exactamente iguales. Ahora bien; en estado salvaje son absolutamente distintos.

—Cuéntame lo que sepas del chacal. Me interesa mucho.

—La característica más saliente del chacal es su desagradable aullido. Los árabes le llaman *dieb* o *dib*, que significa aullador, y en verdad no le han podido llamar de un modo más adecuado. En cuanto el sol se pone, empiezan los chacales su inintermittente serie de aullidos. Es un aullido agudo, largo y muy lastimero. Da la sensación de que el animal se muere de hambre. Otras veces semeja su aullido el grito de un hombre que pide socorro, inspirando verdadero terror a los que lo oyen.

—Si que será desagradable pasar la noche oyendo semejante serenata, ¿verdad, buho?

—Como que los pobladores de las regiones frecuentadas por chacales aborrecen a estos animales por su inoportuna presencia durante la noche. No hay forma de dormir oyendo aullidos tan planideros.

—¿No aullarán porque tengan hambre?

—No; porque a veces están hartos y siguen aullando. Debe de ser una señal para comunicarse entre ellos, porque es fácil observar que, en cuanto uno aulla, le contestan todos los demás, y se establece una gritería insoportable.

—Resultará molestísimo el concierto; pero si no hacen más que aullar, menos mal.

—Si no fuera más que esto, no habría motivo para temer a los chacales; pero hay otras razones que los hacen temibles. Devoran todo cuanto está a su alcance, y, además, cogen toda clase de objetos en las casas.

—¿Pero es que se meten en las casas?

—Su audacia les ha e llegar hasta los poblados y meterse en las viviendas. Su inclinación a la rapiña sólo iguala a su voracidad. Cuando entran en los corrales hacen los mismos destrozos que el zorro; matan las aves, aun cuando no se las coman.

—¿Y no temen al hombre?

—Por regla general, huyen de él; pero cuando están acosados por el hambre llegan a atacarle, si bien aprovechando momentos de descuido. Se atreven con casi todos los animales, y únicamente los perros consiguen tenerlos a raya.

—El que yo he visto antes es un animal de tamaño no muy grande. Ni más ni menos que un perro corriente.

Su longitud no llega a exceder de un metro y su altura de unos cincuenta centímetros. Su constitución es vigorosa; largo de piernas y de cola corta, orejas pequeñas y hocico algo puntiagudo. Los ojos son de color pardo y su pelaje, muy basto y muy espeso, es de color gris sucio que se oscurece por el lomo y los costados y a veces presenta manchas y líneas negras de forma irregular.

—¿Dónde abundan estos animales?

—En el Asia menor, la Persia, las orillas del Eufrates y el Norte de Egipto. En Europa, salvo la península de Morea, apenas se le conoce.

—Me alegro muchísimo, querido buho. Es un animal poco deseable.

—Sin embargo, ya ves cómo a ti te ha despertado la curiosidad y hasta te ha entretenido un rato.

—Es que ese ejemplar parecía ser tan manso, que semejaba un perro.

—Un perro manso, ¿no es eso? Porque también hay perros que son verdaderas fieras.

—Toma, ya lo creo; yo sé de uno que tenían Tin y Ton que era cien veces peor que un chacal.

—En manos de Tin y Ton no hay animal, por mansito que sea, que no se convierta en la más fiera de las fieras.

—Tienes razón.

—Una cosa muy curiosa del chacal es un conjunto de huesos que tienen en el cráneo, y que constituye un motivo de superstición entre los pobladores de la isla de Ceilán. Según ellos, estos huesos, cuyo conjunto forma una especie de cuerno, tienen la propiedad de asegurar la felicidad al que lo posee. Se les considera como un talismán de poder mágico. Creen que ahuyenta al demonio, que cura enfermedades y protege la casa del poseedor contra los ladrones, que se ven aumentadas las riquezas y que se gana, por último, el paraíso.

—Si todo esto fuese verdad, sería cosa de hacerse con un cuernecito de esos, ¿no te parece? Por bien poca cosa se tendría la felicidad al alcance de la mano.

—Ya te he dicho antes que constituye un motivo de superstición, y de esto a lo verdadero hay un abismo. Además, no vayas a creer, querido Chononcito, que es tan fácil hacerse con uno de estos cuernecitos.

—Hombre, se me figura que con cazar un chacal está resuelto el problema.

—Si todos los chacales tuvieran en el cráneo ese cuerno, sí; pero es que sólo lo tienen los chacales guías, o sea los que van a la cabeza de todos abriendo marcha y advirtiendo a los demás de cualquier peligro. Y ocurre que en cuanto notan la presencia de alguien que no les inspira confianza, huyen a la desbandada, y el chacal guía procura mezclarse entre todos para no ser descubierto.

—Eso ya es otra cosa. Nos vamos a tener que resignar a seguir viviendo sin el talismán del cuernecito. ¡Qué lástima! ¡Yo que me veía ya completamente feliz!

—¿Y así no lo eres? ¿Te falta algo?

—A mí, nada. Después de todo, tienes razón. Para qué quiero más que tu sabiduría. Esa vale para mí más que todos los cuernos mágicos.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



El payaso «Pipo».
LUIS VIAL RIBAS.



Don Perico ha adelgazado.
M. A. DE SOTOMAYOR.



El marqués de Pim-Pom.
JUAN REY.



Guerrero.
M. A.



Historieta.
L. M.



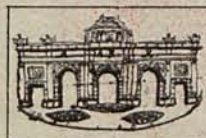
Un barco.
C. SOLÍS.



Mi auto de paseo.
PEPE CARRASCO.



Búffalo-Bill.
ALFONSO BUJIDOS.



La puerta de Alcalá.
A. RUIZ DE LA ROSA.



Los más saladines.
A. M. P.



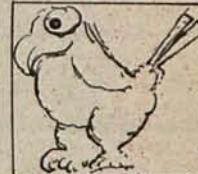
Historieta.
JOSÉ LUIS GARCÍA.



Historieta muda.



JOSÉ SERRANO CUBILLO.



Laura, la cotorra indiscreta.
NIETO.



Mi lechera.
J. M. LUMBRERA.



D. Perico.
M. S. DE A.



Un macaco.
ROSARIO LOSADA.



Edad Media.
M. A. DE SOTOMAYOR.



Mi primita María.
C. RODRÍGUEZ.



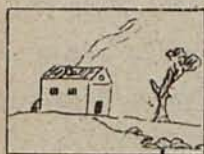
Pinocho.
T. DE PABLOS.



Un niño.
C. MALDONADO.



La famosa esfinge de Gizet.
JULIO M. ALVAREZ.



Casa de campo.
GLORIA LÓPEZ.



Dos buenos ejemplares.
CARLOS S.



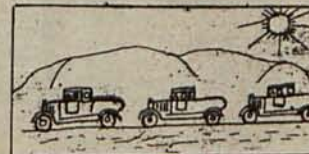
Jarrón.
M.ª LINA LÓPEZ.



Gallina.
M.ª DEL C. CALDERÓN



Sombra.
G. BARREKA



Carrera automovilista.
DANIEL PEREGRÍN.



Soldado.
P. ORDUÑA.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE NOVIEMBRE

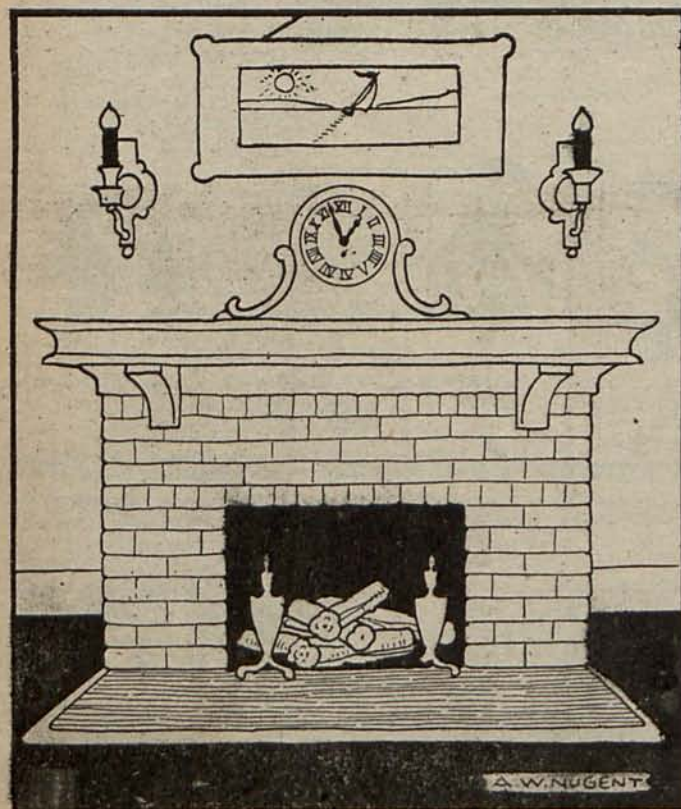
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¡AL AGUA, PATOS!

Don Elefante, don Rino-
ceronte y don Chivo se
han embarcado dispues-
tos a merendar en alta
mar... ¿Que qué iban a
merendar?... Nada menos
que tres patos, a los que
pensaban retorcerles, con
mucha delicadeza, el pes-
cuez, para asarlos des-
pués... Pero los animali-
tos se han olido la tosta-
da y, saltando de la barca,
se han hundido en las
procelosas aguas, sin que
los logren encontrar, a
pesar de sus esfuerzos,
don Elefante, don Rino-
ceronte y don Chivo... ¿A
ver si vosotros sois más
afortunados?



DIBUJO CON ERRORES



¿Veis esta casa que
parece que está tan
arregladita...? Bueno.
Pues estáis equivoca-
dos de medio a me-
dio... Si os fijáis bien,
veréis que está plaga-
da de defectos... Casi
todos los objetos están
averiados... Fijaos, fi-
jaos y veréis cómo en
lugar de creer que es-
táis en una elegante
habitación, cambiáis
de manera de pensar e
imaginaréis que estáis
en una prendería... ¡Pi-
nochistas! ¡A cazar de-
fectos! ¡Sus, y a ellos,
que hay nada menos
que ocho!

EL LORO PENSATIVO



¿Veis qué pensativo está este
loro?... Como que le han dicho
que tiene que trazar tres rayas,
atravesando con cada una tres
borrones...
¿No le podríais vosotros ayu-
dar, ingeniosos pinochistas?

CUENTOS EN POSTALES PARA ILUMINAR

CUENTOS EN POSTALES PARA ILUMINAR



**CAPERUCITA
ENCARNADA**



CUENTO EN POSTALES
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A. MADRID



**BLANCA
NIEVES**



CUENTO EN POSTALES
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A. MADRID



**Pinocho
quiere ser
alpinista**

CUENTO EN POSTALES
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A. MADRID

Cada cuento tiene
doce modelos en
colores y doce
copias para
iluminar.

De cada cuento podéis sacar veinticuatro preciosas tarjetas postales; doce de ellas iluminadas por vosotros mismos. Los dibujos son muy bonitos. Pedidlos en la librería y veréis cómo os gustan mucho.

Cada cuento vale **1,50** pesetas. Si no los encontráis en la librería, pedidlos a la

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.

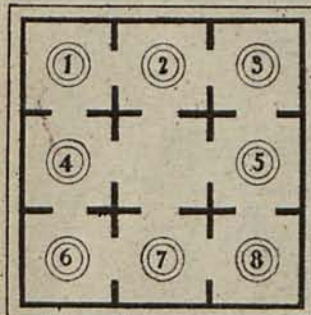
Calle de Valencia, número 28

M A D R I D

SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE JUNIO NÚMEROS 172, 173, 174, Y 175

(Continuación.)

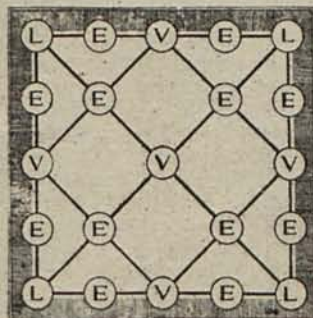
CUADRO MÁGICO



Hay que mover las fichas por el
siguiente orden:

5-3-2-5-7-6-4-1-5-7-6-4-1-6.

ROMPECABEZAS

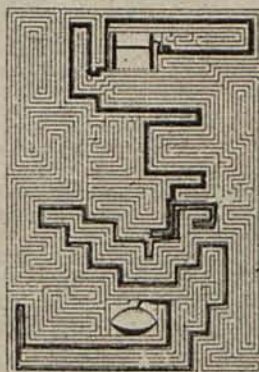


Puede leerse la palabra

LEVEL

ochenta veces.

LABERINTO



DIBUJO CON ERRORES



Falta parte dibujo asiento. Las patas de la butaca, desiguales. La S de un dado, al revés. El cuello del traje del niño es desigual.

Ayuntamiento de Madrid

Sección Pirula

**CHARLAS DE PI-
RULA... BORDA-
DORA**



*Chuli, los esquima-
les y el Polo Norte.*—
A Chuli,—puede ser
que dentro de mucho
tiempo, cuando Chuli
sea muy vieja, cuando
tenga quince o veinte
años, se acuerden della-

marla Julia o Julita— le interesan mucho los relatos de expediciones al Polo Norte. Su hermano mayor, el grave y sabio Pepín, que aprende tantas cosas en el colegio y que además ha debido de ver la película «Nanuk, el esquimal», le cuenta de las regiones polares, sus habitantes y de los expedicionarios, cosas extraordinarias que le hacen abrir desmesuradamente los ojos... y la boca también.

¡Qué raros se le aparecen a Chuli esos esquimales de nariz chata, baja estatura y ojos oblicuos! ¡Pensar que en invierno, durante la terrible noche polar, que dura varios meses, se están escondidos en unas madrigueras que se hacen ellos mismos debajo de la nieve! «¡Pobrecitos esquimalitos — suspira la buena Chuli—, se deben de aburrir mucho!»

Chuli se equivoca; los esquimales no se aburren, están acostumbrados a su existencia, como todo el mundo, y puede que se aburrieran mucho más en nuestros países, en nuestras casas tan bonitas o paseando por nuestras calles tan animadas. Además, en verano tienen sus distracciones: la caza, la pesca; las practican con arcos y flechas, venablos y lanzas, con punta de hueso o de metal. Y, gracias a la caza y a la pesca, tienen con que vestirse, puesto que solamente se envuelven en pieles de foca o de reno, y también, según las estaciones, de zorra o de nutria, ni más ni menos que cualquiera de vuestras mamás. «¿Solamente pieles? — repite Chuli— No me gustaría eso a mí; ¿cómo me iba a bordar mis vestidos? También, y gracias a la pesca y a la caza, tienen los esquimales que comer, ya que se alimentan con pescado seco y con carnes, casi siempre crudas, de foca, de reno, y de caballos y vacas marinas.

—¿Carnes de foca cruda? — exclama Chuli— ¡Puah, qué asco! Prefiero los huevos fritos y el arroz con leche.

Decididamente, Chuli no querría ser esquimal; pero si que le gustaría formar parte de una expedición polar como las de Sachakleton, Nansen o Nobile.

—Cuando yo sea mayor — afirma—, iré al Polo Norte

Pepín lanza una exclamación de asombro:

—¿Tú al Polo Norte, Chuli? ¡Con lo friolera que eres!

Y le explica el horror de aquellas regiones.

—Piensa — dice— que la ciudad más septentrional del mundo, que se llama Hammerfest y se halla en Noruega, dista aún muchísimo del Polo; pues bien, allí, en esa ciudad y sus afueras, la nieve empieza a caer en octubre y a veces para San Juan aún no ha parado de caer, y el suelo está cubierto por una capa blanca de dos

metros de altura, sobre la cual no se puede andar más que con patines o esquies. Hasta los niños van así a la escuela.

—¡Uy, qué divertido! — dice Chuli.

—Sí, muy divertido para distraerse un rato; ¡pero siempre, siempre, durante meses y con un frío de 40 ó 50 grados bajo cero!... Ya ves tú, Chuli, los pobres exploradores que van al Polo Norte, muchas veces se quedan allí sepultados en tormentas de nieve, solos en la inmensidad helada.

→A veces, también, se les hielan las piernas o los dedos, y hay que amputárselos, y vuelven cojos o mancos.

Chuli se estremece de horror... y también de un poquito de frío, porque en el cuarto de juguetes donde sostienen esta conversación la temperatura está algo baja en este momento; el radiador calienta mal; el termómetro marca «solamente» 18 grados bajo cero...

Entonces Chuli toma súbitamente una gran decisión.

—Renuncio a ir al Polo Norte — declara —; prefiero el calor; iré al Polo Sur.

Pero el sabio Pepín, después de reírse mucho con la ignorancia de su hermanita; le asegura que hace igualmente frío en los dos Polos, puesto que ambos están igualmente distantes del Ecuador.

Ahora hay que explicar a Chuli lo que es el Ecuador... esto ya es más complicado.

Chuli está algo fatigada de pensar tantas cosas; prefiere descansar, y el mejor de los descansos para una cabecita pensadora es... ocupar unas manecitas trabajadoras en alguna labor sencilla.

La que hoy os presento si que va a ser del gusto de Chuli... y del vuestro, por supuesto.

Como que es la propia cabeza de un esquimal, de un monísimo esquimalito envuelto en sus magníficas pieles de invierno.

Basta para copiarla con unas cuantas puntadas rectas, que serán el flequillo; tres puntadas para cada ojo con su ceja; cuatro, dos grandes y dos pequeñas, para la boca y sus comisuras, y una sola para la nariz. ¡Es tan poca cosa una nariz de esquimal!

Hecha así la cara con lana gruesa, basta rodearla con una tirita de piel blanca o de marabú, para seguir el más gracioso de los motivos de adornos, que lo mismo sirve para unos bolsillos de delantal, que para una bolsa de costura, un par de babuchas o un echarpe.

Chuli va a estar encantadora con el adorno de esta cabecita. Y el contraste va a ser delicioso. Chuli, rebosante de calor con la grana de sus colores en las mejillas, y el pobre esquimalito del Polo Norte, con su carita amarillenta, helada..., sólo el contemplarlo da frío, ¿verdad mis lindísimas y queridas pirulindas?

